



Luis
Barahona
Jiménez

El sentido de la historia nacional (IV)

La palabra sentido recoge una connotación espacial en cuanto indica rumbo, dirección del movimiento cósmico; aplicada al tiempo significa orientación del acontecer histórico, por tender éste naturalmente a una meta o fin, según lo establecimos antes. La cuestión del sentido de la historia nacional depende de la forma en que se tome lo nacional, pues el término nación se ha usado y se usa en sentidos muy diversos, por lo que existe gran imprecisión en el uso de este término. Aquí distingo el término nación de estado, de tal modo que al hablar de nación lo tomo como conglomerado étnico, caracterizado por un conjunto de rasgos peculiares. Se trata, pues, de entender la historia nacional como el conjunto de hechos llevados a cabo por los costarricenses, es decir, por la nación costarricense, en cuanto ésta ha ido formando una conciencia nacional al través del tiempo.

Ahora que no vamos a tomar la conciencia nacional como conciencia colectiva en un sentido transpersonal, como si fuera una entidad superior, en cuanto organismo distinto de los individuos personales. Se trata más bien de la coincidencia de los diversos individuos en reconocer y sentir su pertenencia al grupo costarricense. A la concordancia de estas conciencias de todos los costarricenses le llamo conciencia nacional.

La conciencia nacional costarricense está formada por un núcleo fundamental de carácter racional. Pero esta razón está ayudada por un conjunto de elementos infra-racionales: afectos, sentimientos y tendencias que facilitan la acción de la razón. Aquí damos mayor valor a las fuerzas infra-racionales, por cuanto la conciencia nacional se manifiesta como un gran sentimiento de la pertenencia del ciudadano al conglomerado o grupo. La conciencia nacional costarricense supone una comunidad de sentimientos, inclinaciones y tendencias, derivadas de múltiples y complejos elementos.

Esta conciencia se manifiesta en el uso del nosotros los

nicos, por oposición a todo lo extranjero, ajeno a la comunidad nacional.

Pero la conciencia nacional contiene también elementos racionales. El individuo no sólo se siente miembro de la nación, sino que también se percata de ello.

El nacionalismo no sólo excita el sentimiento, sino también construye teorías que dan consistencia a los instintos. Para eso dispone de minorías intelectuales, cuya misión es dar una armazón intelectual al sentimiento nacional.

Los conceptos anteriormente dados, nos permiten comprender dos cosas: primero, la posibilidad de una historia nacional costarricense y su sentido, y, segundo, la necesidad de captar ese sentido en las páginas de la historia. Puntualizando mejor estos dos aspectos, podemos enunciarlos de la siguiente manera:

El sentido de nuestra historia deriva de la coincidencia de los sentimientos más generalizados de los costarricenses o sea, de su modo peculiar de sentir lo nacional al través del tiempo, así como de la conciencia o percatación de este sentimiento y de las formas en que tal conciencia se manifiesta, sea en la reflexión intelectual, sea en la expresión artística, sea en las manifestaciones religiosas, sea en las instituciones. Es necesario tener presente que, como todas las realidades vivientes, la nación nace, se desarrolla, tiene sus fases de apogeo y decadencia y puede morir.

Además, la participación en unas mismas vicisitudes históricas es una de las causas determinantes de la conciencia nacional. A este propósito, decía Renán: "Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas, que a decir verdad no constituyen sino una, forman esta alma... La una es la posesión de un rico legado de recuerdos, la otra es la voluntad de hacer valer esta herencia recibida indivisa. En el pasado una herencia de gloria y de dolores comunes: en el porvenir un mismo programa que realizar. Haber sufrido, gozado, esperado juntamente,

te, he aquí algo que vale más que las aduanas comunes...

Una nación, es por tanto, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de sacrificios hechos y de los que se está dispuesto a hacer".

También se debe tener presente que la nación es como una atmósfera cultural conformada por la lengua, las ideas, las creencias, las costumbres y las instituciones, las cuales influyen en todos sus miembros hasta revestirlos de carácter nacional. Esta es la razón de que la nación reclame el reconocimiento de su personalidad y, a la vez, vele por salvaguardarla, por su revestimiento por la forma política de Estado, como es nuestro caso. De aquí proviene el que ella se preocupe de generar y formar sus individuos y el que nadie tenga derecho de impedir la comunicación natural que debe darse entre la nación y los individuos. La nación reclama un derecho natural, a transmitir su cultura a sus individuos y éstos a crear y aumentar libremente los valores culturales y espirituales de su nación.

A lo anterior debe agregarse que para tener una idea completa de lo nacional, es necesario saber situarlo dentro de los límites de los derechos humanos, tanto en el plano nacional como en el internacional, sólo así se podrán evitar los excesos de un falso nacionalismo, como la elevación de la nación a la categoría de Ser trascendente y absoluto, superior a los individuos, con vida propia y con una finalidad histórica independiente del fin del hombre individual. En tal caso la nación se diviniza y se eleva a la categoría creadora del hombre, es lo que se ha denominado la nacionalización del hombre. El individuo humano carece de personalidad propia y descende a la categoría de medio e instrumento de los fines de la nación, de tal modo que ya no tiene más que deberes y ningún derecho para defender su propia dignidad. Es así como se ha elaborado el principio de que la nación es fin y criterio último de la vida humana. Esto conduce a la absorción de la persona por la colectividad, como ocurre en todos los totalitarismos, los de ayer, los de hoy y los de siempre.

Situado el historiador dentro de una perspectiva comprensiva del quehacer humano en su doble dimensión individual y colectiva, con la vista puesta siempre en las diversas metas de la historia, cualquier período que investigue y reconstruya con su pluma ha de ser presentado como parte de un todo hipotético, fuera del cual carece de sentido. Ahora que el sentido es lo que deberá buscar el filósofo de la historia y todo historiador, a partir de Tucídides hace, aun sin proponérselo, filosofía de la historia, en cuanto contribuye a completar la historia universal que sólo podrá completarse con la extinción del hombre sobre la tierra.

Por otra parte hay que tener presente que el historiador no puede ni debe escamotear su juicio crítico personal, pues la historia, por lo menos a partir de Momen no se puede escribir sine ira et studio, sin odio ni amor, sobre todo si en alguna medida se ha participado en los hechos. En lo que respecta a los hechos del 48 considero que sólo en la forma ya indicada es posible formular el desarrollo histórico de la vida costarricense de aquel período que, en mi concepto no se ha cerrado todavía.

Razón por la cual, resulta muy aventurado tratar de poner las cosas en su lugar ya que el punto de vista que se adopte forma parte de la perspectiva. Por lo que resultará un trabajo semi-autobiográfico.